

DISCURSO

del Director de la Real Academia

**DON RAFAEL CASTEJON Y MARTINEZ
DE ARIZALA**

DISCURSO

del Director de la Real Academia

DON RAFAEL CASTELÓN Y MARTÍNEZ
DE ARIZALA

Discurso de contestación al Dr. D. Enrique Luque y Ruiz, en su ingreso como Numerario en la Real Academia de Córdoba' el 12 de abril de 1973.

Señores Académicos:

Discreto y sesudo es indiscutiblemente el dictamen y proceder de los organismos académicos porque en ellos se alian el saber y el tiempo, como sucede en nuestra más que centenaria corporación. Pero si ésta es la ley, también hay excepciones en ella, como nos acreditan desde los viejos dichos y refranes hasta las infalibles ordenadoras electrónicas, en sus casi infalibles juicios.

Estad seguros que nos encontramos en una de las excepciones señaladas al haberme designado nuestra anciana y querida Real Academia de Córdoba para contestar el discurso de ingreso que acabáis de oír, leído por el prestigiosísimo Doctor en Medicina y expertísimo cirujano don Enrique Luque y Ruiz.

Porque es cierto que, siendo yo también médico pudiera apreciar su valía en ese terreno científico con cualidad profesional; porque habiendo elegido el nuevo académico un tema histórico, desarrollado con sin igual maestría, también yo he incursionado los campos de la Historia y acaso podría irle a los alcances siguiendo el hilo de Ariadna; porque habiendo ambos nacido en esta ciudad y seguido los avatares sociales de ella, conocidas y amistosas ambas familias de generaciones atrás, hubiera calibrado su personalidad también en ese terreno. Y así con consideraciones análogas.

Pero las apariencias engañan. Y con la distancia casi astronómica que va de su ciencia médica a la mía insignificante, colocado yo en cuanto a quehacer científico entre la prestigiosa figura de don Emilio Luque, a quien tanto respeté y quise, y la de este sobrino suyo, que me trata con afecto fraternal y efusivo, yo no

daré pié con bola, como canta el pueblo, y mal podré hilvanar unas líneas de contestación. Por si faltara algo, en uno de esos avatares de la vida que jamás pueden pagarse ni olvidarse, estuve bajo sus hábiles manos de operador quirúrgico, inerte bajo la anestesia en una decisiva operación, y me salvó la vida. Ya supondréis que no hay en mí posible juicio sereno y académico, para contestar adecuadamente, si de ello fuera capaz, la pieza literaria que el Doctor Luque Ruiz os acaba de regalar.

* * *

Enrique Luque y Ruiz, nace en Córdoba el 3 de mayo de 1899. De conocidísima y excelente familia cordobesa, aquí hace sus primeras letras y bachillerato.

Guiado por la prestigiosa figura de su tío don Emilio, inicia en Cádiz sus primeros estudios médicos durante los tres primeros cursos de la carrera seguidos por libre, para continuar en Madrid la otra mitad en las clínicas de San Carlos, junto a las más ilustres figuras de la medicina española contemporánea, para los que tiene recuerdos de veneración. Durante las vacaciones y aún desde el bachillerato, era asíduo asistente, en el vetusto Hospital del Cardenal, que todavía conservaba el prestigio de la efímera Facultad cordobesa de Medicina, de aquél equipo admirable de cirujanos, que elevaron a gran nivel la clínica quirúrgica del Hospital de Agudos, realizando operaciones de alta técnica, inusitadas entonces en los hospitales provinciales, y cuyo equipo lo formaron don Emilio Luque Morata, don Manuel Villegas Montesinos y don Joaquín Altolaguirre Reja, de quienes yo también alcancé notables lecciones prácticas de Cirugía.

Pero en el mismo año 21 en que termina su carrera Enrique Luque, se produce el desastre africano de Annual, y el joven médico tiene que marchar en la movilización del Regimiento de Infantería de la Reina, Número 2, que estaba de guarnición en Córdoba, a defender la bandera de España en tierras africanas.

En esa campaña fue incorporado al equipo quirúrgico del Dr. Fidel Pagés, con el que estuvo durante un año, publicando en su colaboración trabajos sobre heridas bipolares del cerebro, neumotorax hipertensivo, heridas de vientre por armas de fuego y otros, presenciando las primeras anestésias por vía metamérica

epidural, original de Pagés y difundida posteriormente por Dogliotti.

En 1927 se gradúa de Doctor. Había entrado por oposición desde 1923 en nuestra Beneficencia Provincial con el número uno de Cirugía y en las salas y quirófanos del viejo Hospital de Agudos empieza una tarea médico-quirúrgica que ha de durarle toda su vida oficial, de cuya dedicación, trabajo y dureza sólo pueden tener idea quienes hayan conocido, siquiera una vez en su vida, las tareas hospitalarias, mezcla de ciencia y sacerdocio, en las que se salvan vidas, se remiendan los cuerpos rotos y se curan las almas desgarradas por el dolor y la tragedia familiar.

Quienes hablan de trabajos fatigantes en cualquiera de los sectores humanos, sean obreros o castrenses, sean dirigentes o subalternos, no tienen idea de lo que obliga estar a la puerta del Hospital a las ocho de la mañana, en invierno y en verano, operar un paciente tras otro, recorrer las salas, preparar las operaciones subsiguientes, estar así hasta las dos y las tres de la tarde, un día tras otro, sin fatiga aparente, sin desmayo espiritual, dando ánimo a todos y manteniendo enhiesto el propio, porque el médico y aún más el cirujano, también tiene su alma en su armario y sufre con el que padece y se abate ante el infortunio, aunque no lo aparente. En este soneto se lo dijo su amigo el inspirado poeta Goy de Silva:

*Ciencia Dios te dió, la más humana
y luz de inteligencia, luz divina
para librar la rosa de la espina
y segar el dolor cada mañana.
Y segar el dolor cada mañana,
a la vuelta del tiempo, en cada esquina,
ya en carne de hospital, flor de ruina,
ya en cuidada materia, que malsana.
Le ofrece al bisturí, que por tu mano,
dócil a tu sapiencia en cirugía
defiende del peligro al cuerpo humano.
Y es tu misión tan santa y prodigiosa
que merece del mundo pleitesía,
tu ciencia taumaturga ¡Milagrosa!*

Cerca del medio siglo ha desempeñado el Doctor Luque sus tareas en el primer hospital cordobés, del que ha sido decano

muchos años también, para lograr cercana ya su jubilación, la dicha de inaugurar un nuevo hospital, sueño de muchas generaciones, con servicios modernos, con actividades y especialidades dignas de cualquier hospital modelo, y al fin, hasta con una Facultad de Medicina aneja.

Pero la gloria y tarea del Doctor Luque no se ceñía a esta faceta pública. La dirección y trabajos en el sanatorio particular que fundara su tío don Emilio, de amplia fama comarcal, que también le obligaba a seguir trabajando el resto del día y aún de la noche y de las altas horas de la madrugada, en vigilante guardia para atender con diligencia al herido, al traumatizado, al de la violenta afección que necesita sin tardanza la intervención del cirujano, ha sido otra de sus obligaciones profesionales, acaso la más agotante.

Y además la clínica diaria en su domicilio, y las salidas generalmente urgentes a los pueblos de la provincia y de las aldeañas, para salvar a un casi moribundo, para operar un niño o un anciano en mal trance. Esta vida profesional intensa y sin descanso, propia de los médicos famosos, la tiene recogida gráficamente en su tesis doctoral sobre Maimónides el tío de nuestro nuevo compañero, el no menos famoso don Emilio, que tuvo una vida análoga, al recoger de aquel gran cordobés y judío de hace ocho siglos la descripción que hace de su clínica, desde el alba hasta la noche, apenas interrumpida por las rápidas y necesarias comidas, pero alcanzando la media noche y más con la interminable fila de clientes que llenaban la casa en busca de la ciencia y de la fama de las que tanto necesita quien tiene la salud perdida.

La sociedad, sus conciudadanos, sabedores de este verdadero sacerdocio científico han reconocido y premiado en el Dr. Luque, en la medida humana posible, esta vida de sacrificio y dedicación al prójimo. Las academias de Medicina de Córdoba, de Sevilla, la Sociedad Internacional de Cirugía y otras muchas nacionales y extranjeras le tienen nombrado miembro preeminente. Las asociaciones profesionales y Colegios médicos le han nombrado colegiado de honor. Los estamentos oficiales le han otorgado sus condecoraciones, como la Encomienda de Sanidad con Placa el año 1955, la Gran Cruz de Sanidad, con el tratamiento anejo de Excelentísimo señor en 1969, la Cruz del Aguila del gobierno Alemán de Hitler en 1939, por sus trabajos durante nuestra guerra civil, en

la que fue jefe de equipos quirúrgicos y director de hospitales de campaña.

La ciudad nativa le otorgó la Medalla de Plata el año 1970. Dos años antes, el 68, había recibido el homenaje popular del Záhira de Oro. No digamos más, porque tal vez por encima de todo eso, la aureola popular de sabio, de bueno, de afectuoso, de amor al prójimo que le acompaña por doquier, sea la recompensa más apreciada por nuestro querido compañero.

No debo desgranar más datos biográficos sobre el Doctor Luque, reservados más bien a las academias profesionales, que empiezan con el anecdotario de sus maestros prestigiosos y de sus viajes al extranjero, visitando anualmente las más famosas clínicas facultativas de París, Berlín, Londres, Bostón, Nueva Orleans, Dublín y Nueva York, y asistiendo a congresos médicos y de cirugía que le han mantenido en primera fila entre los profesionales españoles. No debo seguir. En las academias médicas es donde se desarrolla cada uno de estos puntos, así como sus comunicaciones y trabajos escritos que han resumido y recogido los más brillantes aspectos de su gloriosa vida profesional.

* * *

Grandes médicos humanistas, como Ramón y Cajal, como Marañón, como Laín Entralgo, como López Ibor, nos explican cómo los hombres geniales tienen una evasión, un hobby, una distracción lejana a su quehacer habitual que les orea la mente y refresca el cerebro. Luque Ruiz, al componer este discurso de ingreso ha incurrido en ese ejercicio mental.

Su gran conocimiento de la medicina y sus dilatados años de ejercicio cirujano le hubieran permitido traernos un gran tema de tan difíciles arte y ciencia. Sus viajes al extranjero para conocer y estudiar al lado de prestigiosas figuras del ramo, nos hubiera traído modernas concepciones biológicas de aplicación médica y modernísimas técnicas de Cirugía. Su finura espiritual, su savoir faire, la delicadeza de su trato y las amistades particulares y profesionales que ha ido adquiriendo en el desempeño de la profesión, nos hubiera proporcionado cuadros sociales o de historia contemporánea, o de anecdotario costumbrista, que nos hubieran deleitado

a través de su prosa fina y cuidada y de su relatar grácil y cautivante.

Pero él mismo nos ha explicado que por influjo del sabio colega Blanco Soler, quien hubiera querido venir algún día a Córdoba, donde venía con ilusión de neófito y fervor de peregrino, para hablarnos de la batalla de Poitiers, tema que le cautivaba, y no habiendo logrado realizar tal deseo, por el aciago azar de la vida, nuestro nuevo compañero, Enrique Luque ha tenido la finura espiritual de recoger ese tema de herencia abintestato, y como hace el traperero o aljabibe, según frase de Marañón, ha ido recogiendo con su agudo gancho pingajos del tiempo, componiendo a la manera de buen cordobés una página plenamente histórica que ofrenda a la memoria del magistral amigo fallecido.

Porque ese amplio tema de la Historia Universal, la batalla de Poitiers, que los grandes historiadores, especialmente los franceses, dicen que salvó la civilización occidental de la barbarie sarracena, dando un golpe de timón a la historia, como lo diera Munda en nuestros campos o cualquiera otra batalla de rango ecuménico, está lleno de factores cordobeses.

Ved como nuestro nuevo compañero de Academia, ha ido desgranando los factores de la famosa batalla, incluso aquél que señala la nocturna retirada silenciosa de los ejércitos cordobeses, dejando el campo abandonado ante la estupefacción del enemigo. Porque aquél ejército de enseña musulmana, que bajo el mando de Abderramán el Gafequi estaba asolando los campos aquitanos, se había formado en Córdoba, de donde era Emir o caudillo el señalado general, y con toda la multitud de gentes y factores que en aquellos tiempos formaban una masa de ejército, se había adueñado de toda la Península, había traspasado los Pirineos y en avance arrollador asolaba los campos de Francia y consternaba a su pueblo y sus caudillos. Para el Islám era el sueño de volver a su cuna arábica por la orilla norte del Mediterráneo. Para Europa era el terror de una aniquilación sin esperanza.

Pero no debemos seguir el hilo histórico, tan estudiado y tan explotado por nuestros vecinos franceses. Dejemos a ellos y a los historiadores de la estrategia la descripción de la famosa batalla. Y ciñámonos a unos pequeños cuadros, que tan certeramente ha apuntado la pluma genial del Doctor Luque Ruiz: Poitiers, el Gafequi, Carlos Martel. Los hombres y campos de aquél momento.

Yo hablo siempre de Poitiers con emoción. En felices momentos de mi vida, he parado en la provinciana y dulce ciudad francesa y siempre he sentido el hechizo de sus templos, silenciosos y desiertos. Aquella iglesia de Santa Radegunda, la santa esposa de Clodoveo, construída por los visigodos en el siglo VI y que es un puro ejemplar del bizantinismo, donde se guarda entera la Cruz de Nuestro Señor, traída de Oriente en embajada especial de aquella reina santa, y de la que al parecer han salido tantas astillas de idealización reliquial. Aquella catedral del siglo XII donde mis ojos vieron traducidos a un templo de las primicias del gótico, todos los motivos decorativos de Medina Azahara, orlas, frisos, follajes, arabescos, como vuelan las pavesas de un incendio, cual fue para Córdoba el siglo XI, que se mecen en el aire y el viento las empuja y las posa por doquier. Ciudad quieta y tranquila, aquella de Poitiers, que vive de sus vinos y sus curtidos, de sus granos y sus artesanías, de la tranquila paz provinciana, mecida en sus campos prósperos y alimentada de sus recuerdos históricos que decidieron más de una vez la suerte de la patria. A grandes rasgos recuerda mucho mi ciudad patricia.

Cuando llegaron allá, el año 732 las huestes cordobesas bajo el estandarte verde del Profeta, Eudes o Eudon, el señor de aquella tierra, el Duque de Aquitania era aliado de los musulmanes y estaba en querrela contra otros señores franceses, al frente de ellos el famoso Carlos Martel, martillo del enemigo en la guerra.

Carlos Martel era hijo concubinario del gran Pipino de Héristal, que se llamaba a sí mismo rey de los francos, casi el último en la serie merovingia. Su madre se llamaba Albaida (la blanca en árabe) o Alpaida, acaso esclava árabe o andaluza. Como otros tantos bastardos (recordamos a Enrique de Trastámara, hijo de nuestro Alfonso XI y doña Leonor de Guzmán, nacido en Cabra), el fogoso príncipe, que habría de dar origen a la dinastía carolingia con el gran Carlomagno, pudo ser un franco-árabe, hipótesis que no agrada a los europeístas, pero que a nosotros los andaluces nos parece perfectamente natural.

Pero aún quiero dedicar unas palabras, modesto colofón a las que acabais de oír proferidas por el Doctor Luque, a la figura de Abderramán el Gafequi, emir o caudillo por segunda vez de los árabes conquistadores de España en nombre del califa omeya de Damasco. Por joven que fuere en aquellos tiempos de caudillos

con veintitantos años, (como Carlos Martel en Francia, como nuestro Abderramán I en España y tantos otros) parece que era indudable yemenita, árabe de origen y de la tribu de Gáfeq, en la península de Arabia. Los cronistas de ambos bandos, cristiano y árabe coinciden en reconocer que era justo para todos, caballero y bondadoso. Se ha emitido la hipótesis de que pudo ser un español, apóstata del cristianismo, nacido en nuestro Gáet o Gahete, que más adelante los árabes le llamarían Gáfeq, por homofonía con el arábigo, y que muchos más siglos después sería apellidado Belalcázar, al norte de nuestra provincia cordobesa. La tesis es grata y no rara para aquellos tiempos, aunque poco verosímil, por joven que fuere. Con su muerte acabó la gran lucha entre cristianos y sarracenos en los campos de Francia, pero no del todo, porque hubieron luego de seguir limpiando los francos sus campos y ciudades del enemigo mahometano. Marsella no se tomó hasta bastantes años después de la batalla de Poitiers, y el mediodía francés, con los árabes dueños de Narbona como capital, las puertas de cuya fortaleza fueron traídas a Córdoba para colocarlas como puerta principal de nuestro Alcázar, no se vió libre de los invasores del Islám hasta un cuarto de siglo después.

Parecerá nuevo y hasta escandaloso a las tesis historicistas de los europeos, esta transposición de personajes entre religiones y sistemas políticos diversos, que nos ha expuesto en amplio panorama el Doctor Luque Ruiz, y que yo parvamente comento. Pero no debe extrañarnos en tiempos de primera invasión en que el aliado de hoy es el enemigo de mañana y viceversa.

Cuando sostenemos que el célebre don Rodrigo, último rey de los godos hispánicos, había nacido en Córdoba, del desterrado Duque Teudefredo y de Ricilo o Ricilona, rica dama cordobesa, y que levantaron un magnífico palacio donde hoy se asienta el cortijo de Turruñuelos, camino de la Albaida. Y que el no menos famoso don Pelayo, primo hermano de Rodrigo, a quien acompañaba en la batalla de Guadalete, acaso también había nacido en Córdoba, o en la cercana villa de Aguilar, de cuya fortaleza llamada por los árabes Hins Poley o Castillo de Pelayo, era su padre el señor feudal, habiendo estado Pelayo en Córdoba cuatro años más entre los árabes antes de marchar a Covadonga. Y cuando se recuerda que los ejércitos hispano-godos del sur los reunió otro primo de ambos llamado Bencio en la llanada del Campo de la Verdad,

antes de marchar al desastre del Guadalete; todos esos recuerdos históricos y muchos más nos hacen pensar que la Historia, entre muchas verdades, tiene el matiz que le presta la pluma del historiador que la escribe.

Valgan estos desahogos pueblerinos si se quiere, pero con grandes fundamentos de certeza, para traer a nuestro solar grandes momentos de la Historia con sus no menos grandes actores. Nos llena de gozo pensar que las grandes poblaciones cordobesas del sur fueron cuna de Pelayo y el Gran Capitán, que en la nómina ingente de cordobeses de todos los tiempos hay que inscribir al desgraciado Rey don Rodrigo, muerto en la flor de la edad, víctima de una traición, cuando en él se depositaban todas las esperanzas de la patria. Y que poco más allá, en la paradisíaca tierra cabreña, nacía el doncel que habría de dar más reyes a la corona de España. Los fulgores de Munda, a pocos pasos de esos escenarios, removían sus cenizas aún calientes al paso de los siglos.

Bienvenido a nuestra aula académica el Doctor don Enrique Luque y Ruiz, que fiel a su estirpe, como cuentan los abuelos las hazañas familiares al calor de la lumbre, olvidando por un momento las suyas propias, nos ha hecho soñar con las inextintas glorias de la raza.

Este libro es el compuesto de tres volúmenes, primero y segundo parte de una Diáxia, "Los Tellez de Meneses" y "Valor, fortuna y lealtad de los Tellez de Meneses" (I), que según Méndez y Pelayo "constituyen un gran poema histórico, los anales de una familia montañesa", es que López se empeña en mostrar la nobleza campesina a la cortezana. La acción de la novela se coloca en el reinado de Alfonso I de León, y el fondo del argumento lo constituyen los sucesos históricos consignados separadamente en dicho libro de historia, con muy poco o nada de verdad histórica.

El primer caballero de este apellido del que hay una memoria cierta y documentada, fue Tel Estrex de Meneses, que en unión de su esposa doña Constanza casó con la Orden de Calatrava en 1181 en castillo de Matagorda, y sus descendientes por las villas de Meneses, Villanueva, San Ildefonso y otras fueron hijos de este matrimonio Juan Téllez de Meneses, cuyos dos hermanos radicaron después en Sevilla, y Alfonso Téllez de Meneses.

Don Alfonso Téllez de Meneses, fue señor de Arganda, como se comprueba en privilegio de 1195, y también de Alburquerque desde donde participaba anualmente a los monjes, y lo heredó al tiempo de la sucesión de su hijo que heredó al Maestro y Comendador de la Orden de Santiago, y otra a este caballero como los hijos, por el privilegio